

# EL CUARTO JINETE

# EL CUARTO JINETE

RONALD FLORES

---

libros  
mínimos  
narrativa  
1

Edición al cuidado de Julio Serrano Echeverría y Alexis Gómez  
©2000 Ronald Flores ©2007 Editorial Libros Mínimos

w w w . l i b r o s m i n i m o s . o r g

Queda prohibida la reproducción de este libro con fines comerciales. Esta obra está protegida por la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos de Guatemala (Decreto No. 33-98) y bajo una licencia de Creative Commons



## ÍNDICE

ATAQUE.....	7
HUYENDO.....	8
CAÍDA LIBRE.....	9
26 DE ENERO.....	10
TELE.....	11
QUITARLE LO QUE LLEVA.....	12
FIN DE LA TORTURA.....	13
GERARDI.....	14
PESADILLA.....	15
BAJO TIERRA.....	16
ESQUELA.....	17
CAMILLA.....	18
EL MITO DEL CINE.....	20
VELADA.....	21
EDICIONES ANTIGUAS.....	22
CONDENADOS.....	24
EL SALTO.....	28
CINE.....	30
DUDA QUE NO SE RESUELVE.....	32
ENCUENTRO CON EL ASESINO.....	33

A aquellos seres solitarios y dolorosos que frente a la terrible realidad que atraviesan desdeñan el veneno, la bala, las drogas o el alcohol y optan por la peor de las opciones: vivir sobriamente esta desgarradora decadencia.

*Nuestra misión es implantar el caos.*  
José Donoso.

*A feeling that if I am to understand anything,  
I must penetrate this image of darkness,  
That I must enter the absolute darkness of the  
earth.*  
Paul Auster

## **ATAQUE**

LA NOCHE en silencio. La formación de ataque, desplegada entre la maleza. La trazadora que ilumina las tinieblas. El tableteo de las metralas. El fuego de los cañones. De luz, la estrella que cae en medio de los ojos. Los pies que se levantan. Las manos que se estiran. La vida que se va.

ronald flores

## **HUYENDO**

CORRIENDO a campo abierto. Huyendo. De pronto, un tiro que alcanza el trote. El cuerpo que cae, doblándose de manera cómica.



## **CAÍDA LIBRE**

SUBIÉNDOSE a la baranda de un puente. Al fondo, un riachuelo de aguas negras, piedras, arbustos, basura. En la lejanía, los cerros, las nubes, el sol de la tarde. De pronto, el impulso. Los pies que se despegan. El viento entrando en los poros, agitando el cabello. El barranco que se traga, el desplome.

ronald flores

## **26 DE ENERO**

SINTONIZANDO la radio. El carro que aumenta velocidad. La mirada distraída en la frecuencia. La curva que no se ve. La sensación de que rueda en el aire. El levantar la vista hacia el descenso. La melodía que se desenvuelve en agonía. La sorpresa en el rostro, que se resquebraja.

el cuarto jinete

## **TELE**

LA TELEVISIÓN encendida. Recostado en el sofá.  
Un dolor en el pecho. Angustia. “El fin”, también  
en la pantalla.

ronald flores

## **QUITARLE LO QUE LLEVA**

CON LAS MANOS en alto, dice que no lleva más, que se lo han quitado todo. El que sostiene la pistola dice que no, hace falta quitarle la vida. Oprime el gatillo. La explosión silencia el grito del que se dobla sobre sí mismo, viendo sus pies, sangre que corre, un sonido agudo que no termina, la banqueta acercándose, la oscuridad.

## **FIN DE LA TORTURA**

EL CUERPO amoratado. Los entrecerrados por los golpes. Los testículos hinchados. El recinto estrecho. Un metro cúbico. La soledad, acompañado del fantasma del pasado. Aún la reverberación de las preguntas: qué, cuándo, quiénes, por qué. El orgullo de haber dicho nada. Risa triste que se ahoga en llanto. Ese calorcito se va apagando. El frío.

ronald flores

## **GERARDI**

A PUNTO de cerrar la puerta que da a la calle. Una voz detrás. Voltea. Un rostro bañado por las sombras. No ve la mano alzada que sostiene la piedra. Un vacío en el estómago. Cierra los ojos. Un dolor que estalla en sus ojos. El intentar hilvanar una oración que ha rezado desde niño y no poder ya más.

## **PESADILLA**

ABRO LOS OJOS. Está oscuro. Me parece extraño. Estoy seguro que ya es de mañana. Trato de mover los brazos, ponerme de pie; es en vano. Grito. El sonido que emití se ahoga. Estoy soñando que estoy en una tumba, pienso. Quiero despertarme; no puedo.

ronald flores

## **BAJO TIERRA**

SOY EL QUE ha inventado esa leyenda en los pueblos. Esa que dice que, en las noches de luna llena, se pueden encontrar tesoros enterrados debajo de las ceibas. No es cierto. Pero siempre hay incautos que sacan su pala y sudan bajo el oscuro manto del cielo. Cavan hasta que dan conmigo, con mis huesos soterrados. Siempre me alegra ver su rostro, colmado de espanto, mientras me ven levantarme y acercarme a ellos, que han dado con el tesoro: su lugar en la tierra.



## ESQUELA

EL GRITO se ahogó en mi garganta. Las letras me sorprendieron. En las últimas páginas del diario, durante las primeras horas del domingo, leí mi esquila. La tinta negra y las mayúsculas. Con nombres, apellidos y las condolencias de mis padres, hermanos y demás familia. Hasta estaba siendo velado en esos famosos funerales.

Cerré y abrí el periódico varias veces. Volví a leer los encabezados, noticia por noticia, los editoriales, el suplemento dominical, las páginas culturales y... Esperaba dar vuelta a la página y encontrar, mejor dicho no encontrar, esas palabras lapidarias. Conjeturé: el efecto del alcohol me está jugando una broma. Me restregué los ojos una y mil veces. Vi el periódico. Abrí sus páginas. Regresé a los obituarios.

Ahí estaba mi muerte, ocupando un cuarto de página. La noticia de mi entierro. Pero... eso me alivia. Nada dice del momento cuándo, la forma cómo, el lugar en dónde, los que habían visto qué. Nada. Y yo, me muero por saber.

## CAMILLA

UN HOMBRE que está acostado en una camilla, inmóvil. No sabe por qué. Hay frío. Está en una sala quirúrgica, de color azul. En silencio. Siente miedo, aprensión. Entra alguien, solo. Nadie más. La persona que entró se dirige hacia una esquina; se lava las manos. El médico (parece serlo) tiene el rostro descubierto y empieza a preparar el instrumental. El hombre, aunque no pueda moverse, puede escuchar el sonido metálico de las tijeras, el escalpelo, las pinzas. Se asusta. Suda.

Ve al cirujano levantar el bisturí y acércalo, sin un temblor, a su pecho. Hace un corte sobre la piel. El hombre siente un dolor horrible, hasta en los dientes, porque no tiene anestesia. No logra moverse. Trata de gritar y no puede. Mira al doctor con los ojos desorbitados; éste parece estar consciente del sufrimiento del hombre.

El médico hace una mueca que demuestra un leve gesto de placer. Observa su trabajo. Ha hecho una cortada limpia. Aséptica. Fina. Precisa. Ahora, separa los dos pliegues de la piel con pinzas. Deja expuesta la herida. Bajo la cortada, que es larga, se ven las costillas. El médico ahora toma

una sierra pequeña. La enciende; tiene un sonido agudo. Zumba. Con el pulso firme, corta los huesos de tal manera que deja expuesto un sitio, un agujero.

El hombre se asoma y ve su propio corazón, palpitando. En ese momento, se ven el uno al otro. El médico se sonríe, fríamente. Aprieta el bisturí. Lo levanta un poco y lo clava en el corazón, con violencia, furiosamente. Un chorro de sangre le cubre la cara.

El hombre se despierta sudando. Cada noche sueña lo mismo, cada vez con más detalles. Por ello, huye de lo que tenga que ver con médicos o clínicas.

Hasta el día en que un amigo se accidenta. Alguien más, no él. Por eso va, confiado. Entra corriendo al hospital. Fue grave. Él mismo vio como quedó el carro. Pregunta en Información y le dan las indicaciones. Pasa por un corredor y, sin razón alguna, se detiene frente a un hombre vestido de blanco.

El cirujano se sonríe fríamente. En el fondo del extenso corredor, una camilla.

## EL MITO DEL CINE

ENTRO, una vez más, al cine. Mi propósito no ha variado. No existe motivo que me desvíe de él. Desde que leí a Platón, lo tracé. Asesinaré a alguien. No importa quién. Aunque no esté atado. Aunque no haya nacido ahí. Lo selecciono al azar. Es mejor. Cualquiera de ellos puede llegar a descubrir que su vida no es más que sombras proyectadas en otra pantalla. Si lo descubre, se pierde la magia. Entonces, correría el riesgo de que salga a la ciudad con esa convicción, tratando de convencer a los demás, diciéndoles que los ojos engañan, que hay algo que produce esas sombras.

Prefiero evitarme la molestia de perseguirlo después. Por eso, lo degüello en el momento más emocionante del film. Para que no sienta siquiera que las tinieblas lo envuelven. Que ha terminado de ser sombra.

## VELADA

DOS HOMBRES conversan alegremente. Ocupan una mesa de un restorán, llena de botellas vacías. Han bebido la noche entera. El dueño del lugar anuncia que va a cerrar. Los dos hombres se ven. Uno de ellos, desaparece como si hubiese sido una nube de humo. El otro, que se ha quedado solo, piensa: lo que hacen algunos con tal de no pagar. Pone un par de billetes sobre la mesa y se marcha. Afuera, le ladra un perro.

## EDICIONES ANTIGUAS

Fernando Balta visita una librería dedicada exclusivamente a la venta de ediciones antiguas. Como es su costumbre, busca alguna novela escrita a finales del siglo pasado. Las colecciona. Husmea fechas y títulos. Al cabo de dos horas, da con un ejemplar que lo electriza. Aunque el precio es alto, lo compra.

Horas más tarde, Edelmo Cano pasa a buscarlo al cuarto que alquila. La última de un oscuro corredor. Toca la puerta. Espera. Escucha un gemido, pasos. La puerta se abre y Fernando Balta aparece en la penumbra. Cano lo encuentra despeinado, ojeroso y maloliente; cosa que le repugna. Está a punto de retirarse bruscamente. Justo cuando va a hacerlo, Fernando le ruega que pase adelante porque tiene un secreto que contarle. Su voz es ronca, distante, soterrada. Su gesto es leve, agotado, aunque sus ojos están desorbitados, como si ya no tuviese párpados. La curiosidad de Edelmo puede más. Cede a la tentación. Entra. El ambiente es húmedo, pesado, iluminado tan sólo por una pequeña vela. Fernando camina hasta la mesa del comedor, sobre la cual hay un libro abierto.

—Míralo —le ordena Balta a Cano.

Lo hace. El papel de cebolla. La pasta de cuero. El borde de hojas recortadas. Le llama la atención el título y el nombre del autor: “Las Ilusiones Perdidas” de Francisco Bustos. Ha sido editado en un país del sur. Hojea el prólogo. La novela, dice éste último, retrata un tiempo imposible, horrible, como una pesadilla prolongada. Las máquinas hablan a las personas y éstas, sumisas, obedecen. El personaje principal es un pobre diablo que vaga por las calles buscando palabras humanas a las cuales asirse. Un día de tantos, hace un hallazgo. El prólogo se reservaba contar más. Argumenta que ahí se encuentra la genialidad de la novela. Empero, adelanta el final. La muerte espeluznante del protagonista: Fernando Balta.

Edelmo levanta la vista. La puerta se cierra de golpe. El aire apaga la vela. El libro se cierra y ya no sabe qué es lo que va a pasar.

## CONDENADOS

DOS PRESOS llevan años en una mazmorra húmeda. Cuelgan, encadenados de pies y manos. Ya no sienten las cadenas; sólo cuando las ratas avanzan sobre ellas, balanceándolas. Una pequeña ventana en el lejano techo alimenta, a la vez que hace amarga, su esperanza. Sus ojos han fatigado las figuras que provoca el moho en las paredes de piedra. Hartamente conocen la sombra de cada hora del día en cada estación del año. Aborrecen el medio día que anula las figuras y los castiga el sol que quema desde las alturas.

No se hablan para conservar la saliva. Rompen el silencio tan sólo en invierno cuando pueden beber de la lluvia que cae sobre ellos. Los alimentan de cuando en cuando. Han visto con tristeza y cierto alivio que hasta los roedores, que andan por sus huesos, tienen carne y grasa bajo la piel. Los han dejado que se consuman para que mueran lentamente, es la conclusión que han derivado en sus largas horas de cavilación. Ambos sienten que la muerte los ronda, cada vez más próxima.



El primer día de invierno, con la poca energía que guarda, habla uno de ellos. Convince al otro de hacer algo memorable antes de morir. La certeza del hambre se los come por dentro. Es poco ya lo que resta. La plática es agria en un inicio. La pueblan llantos, nostalgias y viejas recriminaciones. Quejas. De pronto, asoma el recuerdo de Don Quijote. Y esa imagen, los hace estallar en risas. Deciden, entonces, inventar una historia entre los dos. Distinta a la que empieza en algún lugar de la Mancha, pero bastante parecida.

—De aventuras —se dicen.

—¡Eso sí! —se dicen el uno al otro para vencerse.

—Con princesas hermosas —afirma con alegría uno de ellos.

—Y trago —dice el otro ya riendo—. ¡Mucho trago!

Cada uno va aportando cosas distintas. Beben en una cantina, de la cual se retiran sin pagar. Afuera se ríen. Comentan.

—¿Por qué salimos corriendo? —pregunta uno de ellos carcajeándose.

—No sé —responde el otro, doblándose de la risa.

Agarran camino.

—Pero, yo no quiero ir a pie —dice uno mientras señala un par de hermosos caballos.

El otro interpreta la señal y ayuda al compañero a saltar la barda. Corren atemorizados por el patio. Desatan a los caballos.

—¡Arre! —gritan al unísono mientras parten a galope.

Ya cuando están lejos del poblado, uno de ellos comenta:

—Es tan vigorizante galopar, sentir el viento en la cara.

—Más sería galopar sobre una moza —comenta el otro a grandes voces.

Ambos ríen a sus anchas. Trotan a caballo por la campiña. Reconocen árboles y montes. Para pasar el tiempo, dan voces. Están al mando de un ejército.

—¡Flanco derecho! ¡Avance! —grita uno de ellos, blandiendo su brazo.

—¡A la carga! ¡A la carga! —grita el otro mientras le clava los espolones a su caballo.

Luego, se hablan a gritos. El sonido de la batalla los distancia. El uno le dice al otro del peligro que lo acecha.

—¡Atrás de ti, camarada! ¡Agáchate! —le advierte.

El otro esquivo un golpe que hubiese sido certero si no es por la advertencia. Se dan la mano. Se palmean la espalda. Arremeten a una sola voz contra las huestes enemigas.

—¡Quién contra nosotros! ¡Nadie!

Hunden el acero, baten las espadas, abren las puertas, ingresan de vuelta a la ciudad sitiada, la multitud clama sus nombres, los esperan bellas damas. Beben en el salón del Rey.

—¡Salud! ¡Salud, hermano!

—¡Salud! ¡Majestad, a vuestro nombre!

—¡Salud!

El Rey mismo los conduce hasta el lecho nupcial, los deja en brazos de sus hijas, herederas del reino.

—¡Mira que hermosos ojos los de la doncella!

—¡En lo que te fijás! ¡Mírale las piernas!

Se ríen a carcajadas.

Una ratas caminan sobre sus cadenas...

Ambos callan y no se atreven más a verse a los ojos. La muerte les llega en silencio.

## EL SALTO

TINA, que tenía más de cuarenta, parió a Martín. El niño llegó a los cuatro años sin poder andar ni decir palabra. Para su madre, bastaba que su hijo clavara la mirada en el bote de leche o en la cuna.

Los Benavente tienen una casa grande. En esta hay un largo corredor y tres patios, una pileta en cada uno. Tina sacaba a Martín al patio para que le diera el sol; con frecuencia, como se le olvidaba entrarlo, también le daba la luna. El niño ni siquiera lloraba. Pasaba el tiempo viendo un espejo, clavado en la pared, rodeado de hiedra, que estaba en el fondo del corredor. Le gustaba ver los rostros duplicados de sus progenitores cuando llegaban a sacarlo del corral. Desde donde lo habían puesto, él no podía verse a sí mismo.

Cuando pudo caminar, fue en vano. Lo que hacía era jalar una silla y sentarse en el mismo punto donde antes había estado el corral: a medio patio, viendo sesgado, desde el lado derecho, el espejo que reflejaba el corredor lleno de macetas, las puertas que se hacían más pequeñas con la distancia. Ahí pasaba sus días, el niño.

Martín nunca había visto el espejo de frente. Un primo quiso que lo hiciera y a empujones lo condujo. Martín, entonces, por primera vez vio un rostro que no había visto antes: el suyo propio. Antes de romper a llorar, Martín le dio una golpiza tremenda al primo.

Tina le preguntó el motivo de la pelea. Martín dijo sus primeras palabras:

—Ahora vendrán las serpientes —y fue tal la sorpresa de su madre que no pudo escuchar con claridad ni comprender lo dicho por su hijo. Su tono resignado tampoco fue advertido por la euforia de la madre.

Esa noche, se reunió la familia. El piso se recubrió de pino. Hubo tamal y marimba. Había que festejar. Martín estuvo sentado en su silla, viendo el espejo hasta que dos lunas colmaron sus ojos. Entonces, se levantó. Dijo:

—Tezcatlipoca —y corrió desde el centro del patio hasta el fondo del corredor.

Se tiró contra el espejo. Pegó un brinco y entró, lo absorbió. Tina lo vio de espaldas, saltando. Llegó hasta la última puerta del corredor. La abrió. Se volteó sonriendo. Se despidió y salió. La puerta se cerró detrás de sus espaldas.

## CINE

LLEGÓ LA NOCHE y no tenía qué hacer. Salí a caminar. Mientras lo hacía, metí mis manos en las bolsas del pantalón. Encontré un par de billetes. Pasaba frente a un viejo cine. La cartelera anunciaba una película rumana. Decidí que la vería. Me detuve en la taquilla. Pagué mi boleto y entré.

Un empleado guió mi entrada al cine; alumbrándome el camino entre las tinieblas. Se proyectaban imágenes. Pregunté si la película había comenzado y el empleado me respondió con un parco “no”. Me senté en medio de la fila de en medio. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi a mi alrededor. No había nadie más en la sala. Era el único espectador. Dirigí mi mirada a la pantalla. Apareció la espalda de un tipo vestido de negro que caminaba al compás de una música macabra. Iba a entrar a algún lugar. Antes de hacerlo, extrajo una especie de daga. Cruzó un umbral que me pareció familiar. Entró a un lugar oscuro. Un círculo de luz guió sus pasos. Me pareció escuchar un ruido; no le hice caso. Concentré mi atención en la pantalla.

El hombre, como yo, estaba en una sala de cine. Esa sala también estaba casi vacía. Había un solo espectador, que miraba fijamente las imágenes proyectadas. Me sorprendió la coincidencia. Volteé. Ahí estaba el hombre de la daga. Intenté ver hacia la pantalla pero la vista se me nubló de repente.

## **DUDA QUE NO SE RESUELVE**

TENGO AÑOS de escuchar ese cuento. Que en las noches, a los que andan solos, se les aparece un hombre pequeño, jorobado, con el rostro retorcido. Dicen que pregunta algo y al que no le responde, lo ataca con violencia; algunos hasta mueren.

¡Patrañas! Yo he andado por las calles en las noches más oscuras sin encontrar a ese que dicen. Lo más, solitarios que se espantan al verme, que no contestan mis preguntas. Pero ese deforme, nunca. ¡Qué farsa!



## ENCUENTRO CON EL ASESINO

TRABAJO EN UNA OFICINA DE DERECHOS HUMANOS. Mis compañeros de labores (estoy seguro que reconocerán esta letra) me llaman “patojo” porque soy el más joven entre ellos. Mi nombre no importa en este momento. No quiero abundar en detalles. Los creo imprudentes, indiscretos, imputadores (lo más probable es que quemé esta libreta cuando termine para borrar la evidencia). Tanto dato no es necesario. Además no conviene a estas alturas. Después de lo que le pasó a Juan por haber presentado el Informe que nos costó más de un año de trabajo: el testimonio de la atrocidad. La memoria de la guerra. El recuento de la crueldad.

Lo único que me impulsa a escribir es calmarme mientras espero que vuelva el hombre que llamó a la oficina esta tarde. Intuyo que él sabía que yo era el único que se había quedado trabajando hasta tarde. Lo hice a pesar de las advertencias. Si algo sucede, eximo de culpa a los que tantas veces me recomendaron hacer lo contrario (Mario, Carlos, Frank). Pero simplemente no tenía ganas de regresar a casa todavía; me gusta tanto el silencio de estos muros a deshoras, sin que suenen los

teléfonos ni me aturdan los aullidos del fax o la música en la radio que escuchan las secretarias.

Estaba sentado hojeando el Informe, como lo hago una y otra vez. Jamás vi lo que se narra. Siempre estuve protegido en la ciudad, bajo las naguas de mi abuela. La guerra se tragó a mis padres. Es lo único que sé. Yo quería saber cómo, quiénes y por qué. Por eso apliqué a este trabajo. Por eso fui paciente con los que vinieron a confesar, buscando alguna voz que me devolviera la imagen de familia que nunca tuve. Por eso reviso otra y una vez las páginas del Informe, tras alguna pista que se me pudo haber escapado.

De pronto, el teléfono sonó. Lo dejé timbrar; lo ignoré. Pero siguió repicando insistentemente hasta que me sacó de quicio, de tal forma que sentí la campanilla en la cabeza. Me levanté y contesté. Estaba seguro que, al otro lado de la línea, sería una amenaza de muerte, una ensarta de insultos o una respiración que se niega a responder. Fue algo más.

—Patojo —dijo una voz aterradora que no reconocí, pero que después de todo me pareció familiar—, te espero en quince minutos en el café que frecuentás. Estaré en la mesa del fondo, en donde te sentás a escribir. Sé algo que te interesa.

Colgó. Me quedé helado, con el auricular en la mano, diciendo “tuuu”. Pensé mil excusas; temí una cita con la muerte.

Cuando me di cuenta, estaba en la calle caminando hacia el café; quedé a pocas cuadras de la oficina y me gusta. Crucé la Plaza. Me interné en el barullo de la Calle Real. Di vuelta en la esquina acostumbrada.

Allí está el lugar, la puerta abierta, el nombre del local ilegible en un anuncio medio caído. Entro en la larga oscuridad del recinto, apenas iluminado por unas bombillas. Está, como de costumbre, vacío. Un borrachín platica con su sombra en una de las mesas. El dueño dormita, detrás del mostrador, viendo la televisión. La pequeña y regordeta mujer que hace de mesera, sentada en un banco, se pinta las uñas. Me dirijo hacia el fondo, hacia la mesa del rincón, que usualmente ocupó; esta vez la bombilla que alumbra esa esquina del lugar no está prendida. Un hombre, al que no puedo distinguirle las facciones, se pone de pie; hace un gesto para que me siente.

HE DE HACER UNA ADVERTENCIA. Jamás he leído a Aristóteles. Ni a Descartes. Pero he matado. Sangre ajena ha teñido mis manos, mis noches. Por ello, existo.

—SÉ QUIÉN MATÓ A JUAN —es lo primero que me dice.

Su voz es grave, como si fuese emitida desde dentro de un pozo.

Se me eriza la piel, pero mantengo la calma. Frank me advirtió que alguien, tarde o temprano, se acercaría a alguno de nosotros con esa frase colgándole de la lengua. Esta puede ser la ocasión, pienso.

Vienen a mi mente las escenas de la noche del crimen. Juan tendido en la entrada de su casa, con el rostro desfigurado, en medio de un charco de sangre. Luego, fugaces, corren las imágenes posteriores: la escena contaminada del crimen; el torpe fiscal; la inútil pesquisa; la convicción de Carlos de que nosotros mismos realizáramos una verdadera investigación, paralela, en la cual hemos empeñado los últimos meses sin resultado.

—¿Querés saberlo? —me pregunta la sombra que está frente a mí.

Accedo con un movimiento de cabeza. Todo mi cuerpo se tensa y espero lo peor. Me alisto para pegar un brinco y salir corriendo, lo cual es mi única arma de defensa. La sombra se relaja. Veo sus dientes y escucho una risa, triste, sobria.

—No debí escogerte, pero resultaba más fácil —dice con un tono derrotado. Agrega, para sí, en voz alta: Sos muy patojo.

Al escucharlo, me siento ofendido, pero no puedo demostrarlo. Mantengo la guardia en alto. Siento la presión del suelo bajo mis pies, la sangre correr por mis venas, mi corazón latir.

—No será así nomás que te lo diga. Algo tendrás que dar a cambio.

Me quedo viéndolo fijamente a la altura en que supone están sus ojos, retándolo.

—Te propongo un trato. Agrado quiere agrado, patojo. Si querés saberlo, tenés que aceptar la condición que yo te pida. ¿De acuerdo?

No sé qué hacer. Instintivamente pienso pegar la carrera o golpearlo con la botella que está sobre la mesa. Me encuentro preguntándole, en un tono frío, distante, desapasionado, profesional, como el que hubiera usado Mario:

—¿En qué consiste el trato?

—Simple —responde—. Si te lo digo, vos me protegés. Me ayudás a salir del país con vida. Es todo. Te digo lo que necesitás saber y vos me brindás la protección que necesito. Vos lo sabrás mientras yo conservo mi vida.

Dudo. Me parece algo inesperado. Sonrío. Ingenualmente, digo:

—Acepto.

La sombra se ríe. Su carcajada es un hielo que cae sobre mí, punzante, doloroso. Se inclina sobre la mesa. Con la luz que llega desde el mostrador, puedo ver la punta de su nariz. Percibo su aliento a cerveza. Confiesa:

—Yo lo maté.

ronald flores

MATÉ A OTRO. Estaba oscuro. Sueño que es de noche o que estoy en una caverna, pensé un momento antes de asestarle el golpe. La sangre que salpicó mi cara no me despertó. Esto por lo que transito no es un sueño, reflexioné. Vivo. Existo. Mis manos están teñidas de sangre. Pero sé que no es sangre inocente.

Durante años, lo medité en la casa de mi abuela. Conjeturaba: si mis padres fueron asesinados por cualquiera, entonces puedo y debo vengarlos matando a quien sea. La parábola me reconforta: el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Nadie lo está. Lo que me lleva a concluir que nadie está a salvo. Quedan las culpas, sobran las piedras.

ESTOY A PUNTO DE CAERME de la silla. Pero no. Conservo la calma. Trato de encontrar sus ojos en la oscuridad.

—Si usted fue quien lo mató, ¿para qué quiere hablar conmigo?

Respira. Responde:

—Sospeché que no entenderías al inicio. Te comprendo, como te dije, sos muy joven. Pero tengo que desahogarme. Esto es urgente. Mi vida corre peligro y no tenemos tiempo. No puedo explicarte. Lo único que necesito ahora mismo es que aceptés el trato y me ayudés a salir de aquí.

Me molesta su tono autoritario y su desprecio hacia mi juventud. Lo increpo:

—¿Y si no lo ayudo?

Suelta un frío “ja” y luego:

—Es muy tarde para eso.

—¿Cómo así? (asustado).

La sombra voltea sobre su hombro. El dueño ve la tele, la mesera se pinta las uñas, el borrachín ya no está, las calles impávidas. Me dice:

—Si no me ayudás, te mato.

MI NOMBRE NO IMPORTA ya, ni el lugar en donde nací. Tampoco, fatalmente, en dónde moriré. Da lo mismo. Lo tengo comprobado. Sé que voy a morir, lo cual muchos ignoran. Pero también sé que puedo matar y eso me provoca un oscuro deleite.

Dios, o lo que fuera, no le otorgó a los hombres el don de dar vida, pero sí el de segarla. Lo cual es, como todo lo divino, una bendición. Esto no es una plegaria: es mi consuelo. Me siento vivo, gracias a ello. Más aún, cuando veo en los ojos del que muere lo urgente que se le hace aquello que yo conservo: la incertidumbre, la vida. Muere, nada es más rotundo. Esa mirada de angustia es mi alimento.

TRAGO SALIVA. La afirmación fue contundente. No tengo escapatoria. Pero demando una razón o algo parecido. Le pregunto, casi balbuceando:

ronald flores

—¿Por qué me escogió a mí?

Escucho, leve, un sonido metálico. Veo un destello de luz salir debajo de la mesa hacia el techo. La imagen de un cuchillo viene a mi mente y lo asocio con el hielo y la muerte lenta, desangrándose. Responde secamente:

—Simple. Ninguno pensaría en vos.

No se me antoja seguir preguntándole. Por lo menos no mientras esté alterado. No sé qué hacer. El silencio que hay entre ambos se hace cada vez más hondo. Espera algo de mí y no atino qué cosa es. Con violencia, susurrando, me enfrenta:

—¿Aceptás el trato, patojo?

No me dará tiempo para pegar el brinco, correr y alejarme lo suficiente para que no ser alcanzado por el filo. El tipo seguramente es más hábil que yo y está listo. No tengo salida. Si intento hacerlo, el acero partirá mi carne. De cualquier manera, estoy jodido.

—No me queda otra. Acepto...

Pega un manotazo en la mesa; deja un par de billetes para pagar el consumo.

—Entonces, escúchame bien. Vamos a salir de este lugar ahora mismo. No se te ocurra hacer una estupidez. Nada más caminé a la par mía. Odio el silencio, así que cualquier cosa que digás será bienvenida. En el camino, te explico.



Se levanta de golpe, con furia. La tenue luz que entra de la calle me permite verlo por primera vez. Dice:

—En marcha.

Poco me falta para irme de espaldas. Soy yo, reflejado en un rostro que es todos los espejos.

AL MENOS ESO CREO, hasta que me pongo de pie. Es más alto que yo (¿o soy yo mismo?). Él no puede ser yo (¿por qué no?). Además, es mucho más delgado (te está engañando la vista). Pero el rostro es sumamente convincente. Los mismos colochos, los anteojos, las cejas, el peinado. Me espanto. Me río. Me río de mí mismo.

—Se ve que no tenés experiencia en esto.

—No la que usted tiene.

—Agarrá tus cosas, debemos salir antes de que sea demasiado tarde.

Al pasar por el mostrador del café, me despidió del dueño trazándole un collar que se vuelve de un color rojo intenso, hermoso, fulgurante. Antes de que grite, le hago el mismo trazo a la mesera, quien no tiene tiempo siquiera de agradecerme. Es una lástima; muere con un gesto sublime.

El instante se resquebraja. Esto de matar es un arte. Provoca deleite y orgullo. Conmueve, estremece, es instintivo. Aprendí a gozarlo como

ronald flores

es debido leyendo las páginas del Informe, ya un poco tarde en mi vida lo cual es lamentable.

Sin alterar mis pasos, salgo a la calle y sigo mis caminos.

este libro se terminó de subir al cyberspacio  
el 18 de septiembre de 2007  
desde algún café internet cerca de alguna universidad  
en la ciudad de Guatemala o algo que se le parece

